



LA PRIMERA COMUNION EN TERESA DE LOS ANDES

Autor: Pedro Sergio Donoso Brant

www.santateresadelosandes.cl

El inicio de una nueva vida

Recuerdo que tenía tan solo 8 años (Día de la Inmaculada Concepción, año 1958) cuando hice mi primera comunión, y durante muchos años disfruté de mi catecismo que me regalaron para esa ceremonia, era un librito muy hermoso para mí, con tapa nacarada, y hojitas con borde dorado, y entre algunas hojas guardaba de recuerdo algunas imágenes de Jesús, preparadas mi comunión y la de otros amigos. También recuerdo que fue un día de primavera, con mucho sol, la Iglesia para mí era grandiosa. Me había regalado además un rosario de concha perlas, no sabía cómo utilizarlo hasta que me lo enseñó mi papa. Pero lo más importante, era que gritaba a mis amigos “ahora somos santos” y eso causaba risa de los adultos. Entonces entendía que era el inicio de una nueva vida, y siempre me pareció que Jesús caminaba conmigo, que llevaba de la mano. Esa idea, me hizo sentirme siempre

protegido. Incluso, ya de más edad, en ciertos momentos complicados, el dialogo con él me daba mucha paz.

La primera comunión, es la etapa de la iniciación cristiana que más impacto hace al niño o adolescente, ciertamente, es una fecha inolvidable.

La Primera Comunión en Teresa de los Andes

Teresa de Loos Andes hizo su primera comunión a los 10 años, el 11 de septiembre de 1910. Haciendo un resumen de su vida, escribe Juanita en su diario:

“Mi vida se divide en dos períodos: más o menos desde la edad de la razón hasta mi Primera Comunión. Jesús me colmó de favores tanto en el primer período como en el segundo: desde mi primera comunión hasta ahora. O más bien será hasta la entrada de mi alma en el puerto del Carmelo.”¹

En otra parte escribe:

“Yo cada día pedía permiso a mi mamá para hacer mi Primera Comunión. Hasta que accedió en 1910. Y empecé mi preparación. Me parecía, querida Madre, que ese día no llegaría jamás y lloraba de deseos de recibir a Nuestro Señor. Un año me preparé para hacerlo Durante este tiempo la Virgen me ayudó a limpiar mi corazón de toda imperfección.”²

Y más adelante en la misma nota escribe:

“En el mes del Sagrado Corazón [¿1908 ó 1909?], yo modifiqué mi carácter por completo. Tanto que mi mamá estaba feliz de verme prepararme tan bien a mi Primera Comunión.”³

Escribe Teresa en su Diario el siguiente relato del día que hizo su Primera Comunión:⁴

“El día de mi Primera Comunión fue un día sin nubes para mí. Mi confesión general. Me acuerdo: después que salí me pusieron un velo blanco. En la tarde pedí perdón. ¡Ay! Me acuerdo de la impresión de mi papacito. Fui a pedirle perdón y me besó. Entonces yo después me le hiqué y llorando, le dije que me perdonara todas las penas que le hubiera dado con mi conducta. Y [a] mi papacito se le cayeron las lágrimas y me levantó y me besaba diciendo que no tenía por qué pedirle perdón, porque nunca le había disgustado, y que estaba muy contento viéndome tan buena. ¡Ay!, sí, papacito, porque vos erais demasiado indulgente y bondadoso

¹ Diario 1. Resumen y división de mi vida

² Diario 5. Mi devoción a la Virgen. Preparación para mi Primera Comunión

³ Diario 5. Mi devoción a la Virgen. Preparación para mi Primera Comunión

⁴ Diario 6. Mi Primera Comunión: 11.9.1910

para conmigo. Le pedí perdón a mi mamá, que lloraba. A todos mis hermanos y por último, a mi mamita y de más sirvientes. Todos me contestaban conmovidos. Yo, como estaba en retiro, estaba aparte, así es que no comía en la mesa.

El 11 de septiembre de 1910, año del centenario de mi Patria, año de felicidad y del recuerdo más puro que tendré en toda mi vida.

Ese hermoso día para mí, fue un día hermoso para la naturaleza también. El sol despedía sus rayos que llenaban mi alma de felicidad y de acción de gracias al Creador.

Desperté temprano. Mi mamá me vistió y me puso el vestido. Me peinó. Todo me lo hizo ella, pero yo no pensaba en nada. Para todo estaba indiferente, menos mi alma para Dios. Cuando llegamos, nos llevamos repitiendo el rosario de Primera Comuni3n. En vez de Ave María, se repetía: "Venid, Jesús mío, venid. Oh mi Salvador, venid Vos mismo a preparar mi corazón".

Llegó por fin el momento. Hicimos nuestra entrada en la capilla de dos en dos. Usted, Madre mía, iba a la cabeza y Monseñor Jara -quien nos daría la Sagrada Comuni3n-, detrás. Todas entramos con los ojos bajos, sin ver a nadie y nos hincamos en los reclinitorios cubiertos de gasa blanca, con una azucena y vela al lado. Monseñor Jara nos dijo palabras tan tiernas y hermosas que llorábamos todas. Me acuerdo una cosa que nos dijo: "Pedid a Jesucristo que, si habéis de cometer un pecado mortal, que os lleve hoy, que vuestras almas son puras cual la nieve de las montañas. Pedidle por vuestros padres, los autores de vuestra existencia. Y las que los han perdido ahora es el momento de encontrarlos. Sí, aquí se acercan para ser testigos de la uni3n íntima de vuestras almas con Jesucristo. Mirad los ángeles del altar, niñas queridas. Miradlos, os envidian. Todo el cielo está presente" . Yo lloraba. Por fin nos dijo que no quería demorar más la uni3n de Jesucristo. Que ya estaríamos sedientas de Él y lo mismo Jesucristo.

Nos acercamos al altar mientras cantaban ese hermoso canto: "Alma feliz", que jamás se me olvidará.

No es para describir lo que pasó por mi alma con Jesús. Le pedí mil veces que me llevara, y sentía su voz querida por primera vez. ¡Ah Jesús, yo te amo; yo te adoro! Le pedía por todos. Y [a] la Virgen la sentía cerca de mí. ¡Oh, cuánto se dilata el corazón! Y por primera vez sentí una paz deliciosa. Después que dimos acciones de gracias, fuimos al patio a repartir cosas a los pobres y a abrazar [cada una] a su familia. Mi papacito me besaba y me levantaba en sus brazos feliz.

Ese día fueron muchísimas chiquillas a la casa. Para qué decir nada de los regalos que tenía: la cómoda y mi cama estaban llenos.

Pasó ese día tan feliz, que será el único en mi vida.

Nos cambiamos de casa al poco tiempo. Pero Jesús, desde este primer abrazo, no me soltó y me tomó para sí.

Todos los días comulgaba y hablaba con Jesús largo rato. Pero mi devoción especial era la Virgen. Le contaba todo. Desde ese día la tierra para mí no tenía atractivo. Yo quería morir y le pedía a Jesús que el ocho de diciembre me llevara.

Pedro Sergio Donoso Brant